

El sinsentido estratégico

RAFAEL L. BARDAJI
*Profesor de Estudios Internacionales (ICADE) y
Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)*

UNA AÑO LLENO Y VACIO

DURANTE 1994 se han desarrollado muchos acontecimientos. Tal vez demasiados: La ampliación de la Unión Europea a 15; autonomía palestina en Gaza y Cisjordania; muerte del Kim il Sung rodeada de las veleidades proliferadoras de Corea del Norte; invasión de Haití por los EEUU; constitución de la zona de libre comercio (NAFTA) entre los EEUU, México y Canadá; revuelta za-

patista en Chiapas; ascenso y dimisión de Silvio Berlusconi en Italia; continuación de la guerra en Bosnia; matanzas en Ruanda e intervención francesa en la zona; reavivamiento de la guerrilla en Angola; secesión de Chechenia y sangrienta invasión rusa; fundamentalismo sangrante en Argelia...

No, no puede decirse que haya sido un año vacío. El problema, sin embargo, no es resumir todos esos hechos. Cualquier cronología lo logra fácilmente. El problema real es en-

contrar en ellos un sentido estratégico, una razón explicativa y una dirección de hacia dónde nos empujan. Algo que permita una acción racional que intente dar forma al mundo en el que vivimos.

Desgraciadamente, con toda la gravedad de muchos de estos acontecimientos, lo más grave de 1994 tal vez sea la ausencia de una interpretación coherente, de unos principios generales que den sentido a lo que pasa o a lo que no debería pasar. Se reacciona frente a la realidad de cada día, pero echando un cubo de agua aquí y allá, según los humos y las llamas que surgen por doquier, pero poco se piensa sobre el parque de bomberos que necesitamos o sobre la naturaleza de los incendios.

Una tras otras, las ideas que compartíamos y que creíamos verdades, se han ido cayendo. Sin continuidad de reemplazo, el desconcierto es enorme. Por eso, esta reflexión sobre 1994, un año vacío ideológicamente, quiere recuperar algunos de los destellos intelectuales de los últimos años,



con el deseo de que consigamos aprender algo de ellos.

EL FUTURO DESDE EL PASADO

Durante décadas el mundo se encontró dividido entre el Este y Occidente, visiones cosmogónicas de cómo debían ordenarse la economía, la sociedad y su defensa. División y enfrentamiento estabilizados sin que se produjeran cambios importantes. Sin embargo, a mediados de 1989, ese universo bipolar se estaba tambaleando.

En esas fechas apareció un artículo con el que su autor, Francis Fukuyama, se haría famoso: «¿El final de la Historia?». En él, Fukuyama avanzaba la desaparición del comunismo, en tanto que fuerza ideológica motora, tras la inminente caída de los regímenes del Este y auguraba un eterno reinado triunfante del liberalismo, la única fuerza que había logrado oponerse con éxito al rodillo socialista. Carente el mundo de opuestos, la superación dialéctica hegeliana se volvía imposible y, tal y como argumentaba en 17 apretadas páginas, sin evolución no sería posible la Historia. Era su fin.

Ciertamente, Francis Fukuyama era lo bastante inteligente como para presentar su caso de una forma mucho más sofisticada y no tan radical, pero eso no nos importa ahora. Lo importante de la tesis del final de la Historia fue su súbita y entusiasta adopción, posiblemente de manera inconsciente, por la mayoría de los líderes políticos del mundo occidental.

Tal vez los hechos de final del 89 y comienzos del 90 (caída del muro, revoluciones de terciopelo en centroeuropa, transformaciones en la URSS) tuvieron la culpa, pero la realidad es que en la primavera de 1990 todo el mundo creía en un mundo mejor, libre de rivalidades, en el que los carros de combate podrían ser reconvertidos en tractores para el Tercer Mundo. Ese «fukuyanismo político» se condensó en una frase que hizo fortuna: «los dividendos de la paz», esto es, trasvases de los fondos de la defensa a otras empresas de apariencia más productiva. De ahí los drásticos recortes presupuestarios de todos los ejércitos occidentales en el último quinquenio sin excepción.

Fue una etapa de hipnitismo y felicidad, donde se abrazaba a los checos y polacos, se les prometía el paraíso del consumo y se nos auguraba, a todos, la paz perpetua.

En medio de ese ensueño colectivo llegó la amarga noticia de la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990. Justo cuando salía publicado otro artículo que marcaría toda una línea de razonamiento, bien opuesta a la de Fukuyama. Se trataba del trabajo del profesor John Mearsheimer «Regreso al Futuro».

Para Mearsheimer, la naturaleza de los regímenes políticos no era la clave que explicase los períodos de paz y los estallidos de las guerras. Si las potencias liberales, las democracias, no luchasen ¿cómo explicar los conflictos habidos en este siglo? Y si bien es cierto que no se habían dado guerras entre democracias, ello se debía más a otras consideraciones y no a su sistema político. El Reino Unido nada tenía que envidiar, en moral de combate nacional, a países dictatoriales, en la guerra de las Falklands/Malvinas, por ejemplo.

La clave se encontraba en otra parte: en la distribución del poder y en la naturaleza de las armas a disposición de los países. Esencialmente en la bipolaridad y en las armas nucleares. Para Mearsheimer, la bipolaridad era mucho más estable que la multipolaridad ya que reducía el número de choques posibles -al tener menos actores importantes- y volvía el cálculo de fuerzas más fácil -lo que un bloque oponía al otro sólo podía sacarlo de sí mismo y no de alianzas mudables con terceros-. Si, además, la bipolaridad era nuclear, mucho mejor, ya que el poder de destrucción innato a las armas nucleares hacían que todo conflicto resultase demasiado costoso en términos de pérdidas frente a posibles ganancias. El hecho de que ninguna de las partes pudiera aventajar nitidamente al adversario y que las armas nucleares fueran unos sistemas excelentes de defensa y no de ataque, era, en realidad, la base de la estabilidad, la paz y el orden.

Y, en consecuencia, si se perdía alguno de estos dos factores, o ambos, o peor, si se creían perdidos, la guerra era de nuevo posible.

La guerra del Golfo se ganó limpiamente y la victoria militar trajo una

nueva oleada de optimismo, a pesar de salir de la pura fuerza: la URSS se disolvía, Rusia se democratizaba y Europa se unía bajo el impulso integrador de la CE. No es de extrañar que fuera en esos momentos cuando otro americano, Jack Snyder, escribiese, en un artículo titulado «Evitando la anarquía en Europa», que la paz era siempre posible, incluso sin bipolaridad, siempre y cuando existiesen instituciones fuertes que ligasen a unos y otros en torno a fines comunes y mesas de negociación.

Para Snyder el caso de la CE, de sus progresivas transformaciones, del logro de juntar a enemigos acérrimos como Francia y Alemania, prometía anclar el diálogo sobre la fuerza en la Vieja Europa. A más instituciones -UE, ONU, CSCE, OTAN, UEO, etc- más oportunidades para soluciones pacíficas a las crisis.

Por último, otro autor norteamericano, apoyaría ese conglomerado de ideas que veía más paz que guerra en el mundo. John Mueller publicaría una interesantísima obra con el título de «La obsolescencia de las guerras mayores», en la que argumentaría que las guerras mayores se han vuelto imposibles, al no ser aceptables socialmente por unos ciudadanos confortablemente instalados en su existencia. Para él, los jóvenes del mundo occidental ven la guerra como una institución social caduca, como el duelo. Y sin jóvenes en las trincheras, no habrá guerra alguna.

La guerra sería, ante todo, un fenómeno cultural y hoy nos encontraríamos ya -los países económicamente adelantados- en una cultura post-militar, de la paz.

EL HOY DESDE AYER

A nadie le gusta pensar lo peor, ¿qué sentido tiene? Las visiones radicales casi nunca se cumplen, al fin y al cabo. Y la prudencia debe tener sus recompensas. Ahí están los carros alemanes desfilando bajo el Arco del Triunfo en París como muestra de lo ilógico de un nuevo enfrentamiento entre las potencias europeas. ¿Acaso no afirma y repite el nuevo secretario general de la OTAN que ésta sigue siendo el pilar esencial de la seguridad occidental? ¿No tenemos un am-

plio abanico de opciones con las que resolver potenciales problemas?

Efectivamente, ahí está la Alianza, la UEO, los acuerdos bilaterales... el problema es que hay ya demasiados y, lo que es peor, ninguno plenamente satisfactorio ya que si no los otros desaparecerían tarde o temprano.

Desaparece la figura del líder americano indiscutido: el presidente Clinton habrá conseguido grandes victorias en su casa, pero en el exterior no acaba de forjarse una figura digna. Es más, su contradictoria preocupación por sanear su economía y democratizar el mundo le lleva a situaciones tan aventureras como castigar las importaciones de muchos países. Japón el principal, pero también España entre ellos, y ocupar Tahití, por no hablar del show organizado en Somalia.

Renace el odio tribal y étnico: serbios, croatas y musulmanes que sólo se quieren para extinguirse; caucásicos que no se aguantan; rusos dispuestos a acabar con todo ...

Y regresan las cruzadas: Irán inflamando subrepticamente al mundo musulmán, especialmente el limítrofe y heredero de la URSS; Argelia que se hunde en una guerra civil.

Y crisis, corrupción, paro. Y sequía...

EL FUTURO DESDE AHORA

En los últimos años se nos ha vendido una idea: que el mundo que viene tiene que ser, por fuerza, mejor. Ahí quedan los discursos de los grandes hombres, para ser recordados. Y, sin embargo, la realidad, a través de los telediarios, se empecina en mostrarnos otra cara: una guerra allí y otra acá, degradación y salvajismo.

Un autor, Martin Van Creveld, profesor en Israel, ya nos había anunciado la aparición de los conflictos irracionales, pasionales, muy alejados de la idea de guerra elaborada por Clausewitz, en su libro «La transformación de la guerra». Los ejércitos son cada vez más cosas antagónicas: policía y unidades especiales. Además de ser guardianes de la paz, protectores de la ayuda humanitaria, vigilantes del desarme.

Una cadena demasiado amplia para formar una imagen nítida. Y ese es el tema de un libro, recientemente traducido al castellano, de un intelectual francés, siempre provocador, Alain Minc, «La nueva edad media», donde ahonda en la tesis de que avanzamos a un mundo disgregado y confuso. Para él no es la guerra o la defensa lo que entran en crisis tras 1989, es la misma noción de Estado y sociedad:

la convivencia de los supranacionalismos con los nacionalismos microcóclicos; la perversión de la política, el replegamiento nacional, casi suburbial.

La Unión Europea se amplía, pero al mismo tiempo profundiza su crisis interna, cada vez más duras las negociaciones, cada vez más claras las desigualdades; la economía mejora, pero por regiones; los líderes desaparecen, sólo quedan los gestores...

Vivimos situaciones paradójicas, de las que cabe esperar cualquier cosa. 1994 ha enterrado los principios: se condena a los serbios a los que se alimenta; se alimenta a los musulmanes para que sufran; se olvida a los chechenos para no cambiar las fronteras; se abraza a los eslovacos; se calla a los albaneses y se teme a los pobres. Pero el por qué queda escondido en una maraña de decisiones apresuradas.

No son necesarias más instituciones. Todas las que tenemos no han servido para detener el horror en Europa y fuera de ella. Lo que necesitamos es una visión que ilumine el camino hacia el mañana. Y esa visión sólo nos la pueden dar las ideas. Entre 1989 y 1990 nacieron algunas, ya va siendo tiempo de que nazcan algunas más ■

Efemérides aeronáuticas

ENERO. El día 12 de este mes del año 1922 tuvo lugar el primer salto en paracaídas, en Méjico. Lo realizó el deportista Lamberto Alvarez Gayou, desde un Farman F-50 de la Fuerza Aérea mexicana, pilotado por el capitán Carlos Santana a quien acompañaba el ingeniero Silverio Rivera como «jefe de salto».

Estando sobre Balbuena a 1.400 pies de altura, Rivera le indicó que saltara, abriéndose el paracaídas con toda normalidad, cayendo Alvarez Gayou en un cercado de reses bravas, y mal lo habría pasado de no acudir rápidamente el mayoral de la ganadería que espantó a los animales, permitiendo al paracaidista saltar una cerca y recoger el paracaídas.

FEBRERO. El día 21 de este mes del año 1938 caía en combate el capitán Carlos de Haya González, el «héroe del Santuario». Mandaba una escuadrilla de caza, Fiat CR-32, en el Grupo Legionario «Asso di Bastoni», y aquel día, sobre el Alfambra, viendo a uno de sus pilotos en inminente y grave peligro acosado por un caza enemigo, se arrojó contra éste, llegando a la colisión, cayendo sin vida en campo republicano cerca del puerto de Escandón.

Fue ascendido a comandante por méritos de guerra, y recibió la Medaglia d'Oro al Valore, italiana, y la Medalla Militar, y se abrió expediente para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando que le sería otorgada en 1942.

Larus Barbatius